

don Joaquín Menchero. Es por la tarde, media hora antes de la corrida. El fotógrafo ha rogado — ¡un momento! — y Menchero, impaciente ha accedido. Ya tiene el sombrero de paja en la mano, que no ha dejado para retratarse, inquieto, por salir pronto para la plaza. «Joselito», un poco echado hacia adelante, parece también impaciente, como cargado por la responsabilidad de la tarde. Al patio llega el bullicio de la gente apiñada en la puerta de la casa, rodeando una preciosa jardinera descubierta, con dos estupendas mulas atalajadas alegremente a la andaluza. En ella montarán enseguida el toreo y el amigo, y al alegre y cascabeleante trote de las mulillas, marcharán a la plaza.

En el festival, «Joselito» mató cuatro novillos, en una tarde de ovaciones y orejas. El quinto novillo lo mató su peón de confianza «el Cuco», que actuó de sobresaliente. Dicen, que al regresar de la plaza, «Joselito» ofreció el regalo de un farol para el Santo Sepulcro, de cuya Hermandad era hermano mayor D. Joaquín, que agradeció muchísimo el obsequio, mucho más viniendo de José. Al llegar la primavera, en la Semana Santa, el farol, magnífico, portado en andas por cuatro hombres, lució esplendoroso ante la admiración del pueblo, que consideraba a «Gallito» como suyo, nacido en nuestra tierra. Y cuentan, y yo lo creo, que «Joselito» sentía verdadero cariño por Ciudad Real, a quien le llevó la amistad de un gran amigo manchego que él quería entrañablemente.

El día que murió José, fué asombrosamente triste para la afición de España.

Día de verdadero luto. En Ciudad Real, mucha gente se congregó en la calle del Lirio, ante la puerta de la casa de Menchero, ansiosos de noticias. Don Joaquín acusó el golpe sensiblemente, quedando apesadumbrado, como si de la muerte de un hijo se tratara. No volvió a ir a los toros. Los amigos trataban de distraerle y le animaban a que fuera a ver a Marcial Lalanda, un novillero que empezaba con mucha fuerza y que, por inteligencia y estilo, aseguraban se parecía a Joselito. No hubo manera que don Joaquín volviera a los toros. Una de las habitaciones de la parte alta de su casa llamada «El Torreón», estaba repleta de carteles de toros. Y es lo único que hizo don Joaquín, en el aspecto taurino: Ordenó que los carteles de las principales Ferias en los que figuraba el nombre de Joselito, se les pusiera marco. Y en el patio de su casa, lucieron, en sitio preferente, junto a dos cabezas de toros que lidió Joselito, una de ellas perteneciente a un toro de Guadalets que mató catorce caballos y que es hoy propiedad del gran aficionado don José Víctor, y se encuentra colocada en una de las dependencias de nuestra plaza de toros.

Y el consuelo para Menchero, dentro de la tremenda desgracia, fué no asistir aquella trágica tarde a Talavera. Siempre acompañaba a José a muchas corridas. Aquella tarde se quedó en Madrid, adonde le llegó la tremenda noticia que terminó con parte de su vida y con su afición a los toros.

UN AFICIONADO DEL 5

